

que me colocó en el corazón del gobierno y fué el origen de mi prosperidad. La señora de Mortsauf había visto bien, y, por consiguiente, se lo debía todo; el placer y la riqueza, la felicidad y la ciencia. Ella me guiaba y me fortalecía, purificaba mi corazón y daba á mis deseos esa unidad sin la cual las fuerzas de la juventud se gastan inútilmente. Más tarde tuve un colega. Cada uno de nosotros estaba de servicio durante seis meses, y podíamos suplirnos uno á otro en el trabajo. Teníamos cuarto en palacio, carruaje y buenas retribuciones para nuestros gastos cuando viajábamos. ¡Singular situación! Éramos los discípulos secretos de un monarca, á cuya política han hecho después sus enemigos una brillante justicia; nos veíamos obligados á juzgarlo todo, así lo interior como lo exterior; no teníamos influencia aparente, siendo á veces consultados como Laforet por Moliere, y sentíamos las vacilaciones de una vieja experiencia afirmada por la conciencia de la juventud. Nuestro porvenir, por otra parte, se había fijado de manera que podía satisfacer nuestra ambición. Además de mi sueldo de consejero de Estado, pagado por la tesorería del Consejo, el rey me daba mil francos mensuales de su caja, y con frecuencia añadía algunas gratificaciones. Aunque el rey comprendía que un joven de veintitrés años no resistiría mucho tiempo el trabajo con que me cargaba, mi colega, hoy par de Francia, no fué elegido hasta el mes de agosto de 1817. Esta elección era tan difícil, exigían nuestras funciones tantas cualidades, que el rey tardó mucho tiempo en decidirse, y aun me hizo el honor de preguntarme con cuál de los dos jóvenes entre quienes vacilaba, me avendría mejor. Uno de ellos

era un antiguo camarada mío de la pensión Lepître, y se lo indiqué. Su Majestad me preguntó el por qué.

—El rey—le dije—ha escogido hombres igualmente fieles, pero de capacidades diferentes, y he nombrado al que creó más hábil, seguro de avenirme bien con él.

Mi juicio coincidió con el del rey, que siempre me agradeció el servicio que le había hecho. En aquella ocasión, me dijo:

—Usted será el primero.

Y no dejó ignorar esta circunstancia á mi colega, quien, en pago de este servicio, me concedió su amistad. La consideración que me mostró el duque de Lenoncourt fué la medida de la con que me distinguió la sociedad: «El rey se interesa vivamente por ese joven; ese joven tiene un gran porvenir»; estas frases comunicaban á la graciosa acogida de que los jóvenes son objeto, ese no sé qué concedido generalmente al poder. Ya en casa del duque de Lenoncourt, ya en casa de mi hermana, que por aquella época se casó con mi primo el marqués de Listomere, hijo de aquella vieja dama á quien en mi juventud visitaba en la isla de San Luis, fuí insensiblemente conociendo á las personas más influyentes del arrabal Saint-Germain.

Enriqueta, por medio de la princesa de Blamont-Chauvry, de quien era sobrina, me introdujo muy pronto en el corazón de la alta sociedad, y escribía tan calurosamente á su tía respecto á mí, que la princesa me invitó á frecuentar su casa. Cultivé su trato, supe agradecerle, y llegó á ser, no mi protectora, sino una amiga, cuyos sentimientos tenían algo de maternal. La anciana princesa se empeñó en hacer que intimase con su hija

la señora de Espard, con la duquesa de Langeais, con la vizcondesa de Beauseant y con la duquesa de Maufrigneuse, mujeres que unas después de otras empuñaron el cetro de la moda, y que fueron tanto más amables para mí, cuanto que estaba siempre dispuesto á servir las, sin tener respecto á ellas pretensión ninguna. Mi hermano Carlos, lejos de tratarme con despego, se apoyó entonces en mí; pero aquel rápido éxito le inspiró una secreta envidia que más tarde me causó muchos disgustos. Mi padre y mi madre, sorprendidos por aquella fortuna inesperada, sintieron halagada su vanidad y me adoptaron al fin como hijo suyo; pero como su sentimiento era en cierto modo artificial, por no decir falso, este cambio tuvo poca influencia en mi corazón ulcerado, pocas simpatías: el corazón aborrece los cálculos interesados, de cualquier género que sean.

Yo escribía fielmente á mi querida Henriqueta, que me contestaba una ó dos cartas al mes. Su espíritu se cernía aún sobre mí, su pensamiento atravesaba las distancias y me creaba una atmósfera pura. Ninguna mujer podía cautivar me, y el rey llegó á conocer mi reserva en este punto era de la escuela de Luis XV y me llamaba riendo la *señorita de Vandenesse*; pero la sensatez de mi conducta le agradaba mucho. Tengo la convicción de que la paciencia á que me había acostumbrado durante mi infancia y sobre todo en Clochegourde, me sirvió de mucho para cautivar la gracia del rey, que fue siempre excelente para mí. Tuvo el capricho de leer mis cartas, y no siguió mucho tiempo burlándose de mi vida de señorita. Un día estaba escribiendo bajo el dictado del rey, y viendo éste entrar al duque de Lenoncourt,

que estaba de servicio, nos envolvió en una mirada maligna.

—Y bien, ¿quiere vivir siempre ese diablo de Mortsauf?—dijo con aquella voz á la que sabía comunicar tan bien la mordacidad del epigrama.

—Siempre—respondió el duque.

—La condesa de Mortsauf es un ángel á quien quisiera ver por aquí—repuso el rey;—pero si yo no puedo conseguirlo, mi canciller será más feliz.

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—Tiene usted seis meses de licencia; me decido á darle por colega al joven de quien hablamos ayer. Diviértase usted mucho, caballero Catón.

Y salió del gabinete sonriendo.

Volé como una golondrina á Turena. Por primera vez iba á presentarme ante la que amaba, no solamente un poco menos cándido, sino también con el aspecto de un joven elegante cuyas maneras se habían formado en los salones más aristocráticos, á cuya educación habían contribuido las mujeres de mejor tono, que había recogido el precio de sus sufrimientos y puesto en práctica las inspiraciones del ángel más bello á quien el cielo haya encomendado la guarda de un niño. Ya sabes cómo estaba equipado durante los tres meses de mi primera estancia en Frapesle. Cuando volví á Clochegourde después de mi misión en la Vendée, estaba vestido como un cazador; llevaba chaqueta verde con botones blancos, pantalón rayado, polainas de cuero y zapatos, y la marcha y los obstáculos me habían desrozado tanto, que el conde tuvo que prestarme ropa blanca. Dos años de permanencia en París, la costum-

bre de estar al lado del rey, las caricias de la fortuna, terminado mi desarrollo, una fisonomía joven que recibía un lustre inexplicable de la palidez de un alma magnéticamente unida al alma pura que desde Clochegourde irradiaba sobre mí, todo me había transformado: tenía firmeza sin fatuidad, estaba interiormente satisfecho de encontrarme, á pesar de mi juventud, en la cúspide de los negocios, y tenía la conciencia de ser el secreto sostén y la oculta esperanza de la mujer más adorable de la tierra. Tal vez me dominó un pequeño sentimiento de vanidad cuando el látigo de los postillones resonó en la nueva avenida que desde el camino de Chinón conducía á Clochegourde, y cuando una verja que yo desconocía se abrió en medio de una cerca circular recientemente construída. Queriendo causar una sorpresa á mi amada Enriqueta, no le había escrito mi llegada, é hice doblemente mal, primero, porque experimentó el sobrecogimiento que produce un placer mucho tiempo esperado, pero considerado imposible, y después, porque me probó que todas las sorpresas calculadas son de mal gusto.

Cuando Enriqueta vió un hombre en quien no había visto más que un niño, bajó sus ojos hacia la tierra con un movimiento de trágica lentitud, se dejó coger y besar la mano sin demostrar aquel placer íntimo que me advertía casi siempre un estremecimiento de sensitiva, y cuando alzó el rostro para mirarme, la vi pálida.

—Vamos, veó que no olvida usted á sus viejos amigos—me dijo el señor de Mortsauf, que no estaba cambiado ni envejecido.

Los dos niños me saltaron al cuello y distinguí en

la puerta la grave figura del abate Dominis, preceptor de Santiago.

—No—respondí,—y desde hoy tendré cada año seis meses de licencia, que siempre les pertenecerán.

Y volviéndome á la condesa, y pasándole el brazo por la cintura para sostenerla en presencia de toda la familia, añadí:

—Y usted ¿qué tiene?

—Déjeme usted—me respondió retrocediendo,—no es nada.

Leí en su alma y respondí á aquel pensamiento secreto, diciendo:

—¿No reconoce usted ya á su fiel esclavo?

Tomó luego mi brazo, dejó al conde, á sus hijos, al abate y á los criados reunidos, y me llevó lejos de todos hacia el jardín, pero quedando al alcance de sus miradas. Cuando juzgó que su voz no podía ser oída, me dijo:

—Félix, amigo mío. perdone usted el miedo á quien no tiene más que un hilo para dirigirse en un laberinto subterráneo y tiembla al ver que se rompe. Repítame que soy más que nunca Enriqueta para usted, que no me abandonará, que nada prevalecerá contra mí, que será siempre un amigo íntimo. He visto de repente en el porvenir, y no estaba usted en él, como siempre, con la faz brillante y los ojos en mí; me volvía usted la espalda.

—Enriqueta, ídolo de mi alma, cuyo culto es para mí más sagrado que el de Dios; lirio, flor de mi vida ¿cómo no sabe usted, usted que es mi conciencia, que estoy de tal manera encarnado en su corazón, que mi

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CAPILLA ALFONSO X
 N.º 1

alma está aquí cuando mi cuerpo está en París? ¿Tendré que decirle que he venido en diez y seis horas, y que cada vuelta de las ruedas arrastraba un mundo de pensamientos y de deseos, que han estallado como una tempestad apenas la he visto?

—Siga usted, siga usted; estoy segura de mí y puedo oírle sin crimen. Dios no quiere que muera y lo envía á mí como dispensa su aliento á sus creaciones, como derrama la lluvia sobre una tierra árida. Hable usted, hable usted. ¿No me ama santamente?

—Santamente.

—¿Por siempre?

—Por siempre.

—¿Como á una Virgen María que debe permanecer digna de sus velos y de su blanca corona?

—Como á una Virgen María visible.

—¿Como á una hermana?

—Como á una hermana demasiado amada.

—¿Como á una madre?

—Como á una madre secretamente deseada.

—¿Caballerosamente? ¿Sin esperanza?

—Caballerosamente, pero con esperanza.

—En fin, ¿como si no tuviera usted más que veinte años y llevara aquel traje azul del baile?

—¡Oh! mejor... La amo á usted así, y además...

Me miró con viva ansiedad y repuse:

—Como la amaba su tía.

—Soy feliz, ha disipado usted mis errores—dijo dirigiéndose hacia su familia, sorprendida de nuestra conferencia secreta;—pero sea usted niño aquí, porque todavía es un niño. Si su política es ser hombre con el

rey, aquí consiste en permanecer niño. Niño, será usted amado. Resistiré siempre á la fuerza del hombre; pero ¿qué podré negar al niño? Mi hijo no puede querer nada que yo no le pueda conceder.

Y mirando al conde, á quien nos habíamos reunido, con una expresión maliciosa en la que reaparecía la joven y su primitivo carácter, exclamó:

—Ya están dichos los secretos. Les dejo y voy á vestirme.

Nunca, desde hacía tres años, había oído su voz tan llena de felicidad. Por primera vez conocí aquellos preciosos gritos de golondrina, aquellas notas infantiles de que te he hablado. Yo había traído de París un traje de caza para Santiago, y para Magdalena un estuche de labor, parecido al de que su madre se servía; de este modo reparaba la mezquindad á que en otro tiempo me había condenado la tacañería de mi madre. La alegría que demostraban los dos niños, encantados de enseñarse el uno al otro sus regalos, pareció importunar al conde, siempre disgustado cuando no se ocupaban de él. Hice, pues, una señal de inteligencia á Magdalena, y seguí al conde, que quería hablarme de sí mismo. Me llevó hacia la azotea, pero nos deteníamos en la escalinata á cada hecho grave que me contaba.

—Mi pobre Félix—me dijo,—ya lo ve usted, todos felices; solo yo hago sombra en el cuadro; sus males han venido á mí, y bendigo á Dios por habérmelos dado. En otro tiempo ignoraba lo que tenía; pero ahora ya lo sé: tengo atacado el pílora y no puedo digerir.

—Y ¿por qué casualidad es usted ahora tan sabio como un profesor de la Escuela de medicina?—le dije

sonriendo.—¿Acaso su médico ha sido bastante indiscreto para...?

—¡Dios me libre de consultar á los médicos!—exclamó manifestando esa repulsión que experimentan por la medicina la mayor parte de los enfermos imaginarios.

Sufrí entonces una conversación desatinada, durante la cual me hizo las confidencias más ridículas, quejándose de su mujer, de sus criados, de sus hijos y de la vida; experimentando un placer evidente en repetir sus temas de todos los días á un amigo que, no conociéndolos, podía tomarlos en serio, y á quien la cortesía obligaba á escuchar con interés. Debió quedar contento de mí, pues le prestaba una atención profunda, tratando de penetrar aquel carácter incomprensible y de adivinar los nuevos tormentos que infligía á su mujer, y que ésta me ocultaba. Enriqueta puso fin á esta conferencia apareciendo en el vestíbulo. El conde la vió, movió la cabeza y me dijo:

—Usted me escucha, Félix, pero aquí nadie me hace caso.

Marchóse, como si tuviera conciencia de la turbación que hubiera producido en mi conversación con Enriqueta, ó tal vez porque, con una atención caballeresca hacia ella, hubiera adivinado que la complacía dejándonos solos. Su carácter ofrecía diferencias verdaderamente inexplicables; era celoso como lo son todos los seres débiles; pero del mismo modo era también verdaderamente ilimitada la confianza que tenía en la santidad de su mujer. Tal vez los sufrimientos de su amor propio, herido por la superioridad de aquella vir-

tud sublime, engendraban una oposición constante á la voluntad de la condesa, á quien desafiaba como los niños desafían á sus maestros ó á sus madres. Santiago estaba dando la lección, y Magdalena se ocupaba de su átvio, y durante una hora próximamente pude pasearme solo con la condesa por la azotea.

—Y bien, ángel querido—le dije.—¿Se hace pesada la cadena, se eriza de obstáculos el camino, se multiplican las espinas?...

—Calle usted—respondió adivinando los pensamientos que la conversación con el conde me había sugerido;—ya está usted aquí, y todo está olvidado. No sufro, no he sufrido...

Y dió algunos pasos ligeros, como para entregar al viento sus cintas de tul, sus mangas flotantes y los sedosos bucles de sus cabellos peinados á la Sevigné. Por primera vez la vi joven, alegre, dispuesta á jugar como un niño, y entonces conocí la dicha y el júbilo que experimenta un hombre cuando desvanece un dolor.

—¡Bella flor humana que mi pensamiento acaricia y que mi alma besa!—le dije;—¡lirio mío, siempre firme y derecho sobre su tallo; siempre blanco, altivo, perfumado, solitario!...

—Basta, caballero—dijo sonriendo;—hábleme de usted, cuéntemelo todo.

Tuvimos entonces, bajo aquella móvil bóveda de follajes estremecidos por la brisa, una larga conversación llena de paréntesis interminables, cortada, vuelta á reanudar, en que la puse al corriente de mi vida, de mis ocupaciones; le describí mi habitación en París, porque todo quería saberlo, y ¡felicidad inapreciable! nada te-

nía que ocultarle. Conociendo así mi alma y todos los detalles de una existencia dedicada á penosos trabajos, comprendiendo la importancia de aquellas funciones en que, sin una probidad intachable, podía tan fácilmente engañar y enriquecerme, pero que ejercía con tal rigorismo, que el rey había llegado á llamarme *señorita de Vandenesse*, Enriqueta me cogió una mano y la besó, dejando caer en ella una lágrima de alegría. Aquella súbita trasposición de nuestros papeles, aquel elogio tan magnífico, aquel pensamiento tan rápidamente expresado como prontamente comprendido: «¡Este es el amo que yo hubiera deseado, este es mi sueño!», aquella acción en la que había una confesión explícita, en que el abatimiento era la grandeza, en que el amor se revelaba en una esfera prohibida á los sentidos, aquella tempestad de sentimientos celestiales cayó sobre mi corazón y me anonadó. Me sentí pequeño, y hubiera querido morir á sus pies.

—¡Ahl—le dije—¡me sobrepuja usted en todo! ¿Cómo ha podido dudar de mí, pues ha dudado hace un momento, Enriqueta?

—No por el presente—respondió mirándome con una dulzura inefable, que para mí solamente velaba la luz de sus ojos;—pero al verle tan hermoso me he dicho que nuestros proyectos respecto á Magdalena serán turbados por una mujer que adivinará los tesoros ocultos en su corazón, que le adorará, que nos robará nuestro Félix y lo romperá todo.

—¡Siempre Magdalena!—exclamé demostrando una sorpresa de la que no se afigió más que á medias;—¿es, pues, á Magdalena á quien soy fiel?

Cásmos en un silencio de que el señor de Mortsauf vino desgraciadamente á sacarnos. Entonces, con el corazón lleno de dulces sentimientos, tuve que sostener una conversación erizada de dificultades, en que mis sinceras respuestas sobre la política entonces seguida por el rey, contrariaban las ideas del conde, que me obligó á explicarle las intenciones de Su Majestad. Á pesar de mis preguntas sobre sus caballos, sobre la situación de sus negocios agrícolas y sobre los rendimientos de sus cinco granjas, sobre los árboles que pensaba cortar en una vieja alameda, volvía siempre á la política con una terquedad de solterona y una persistencia de niño, porque esta clase de seres se lanzan siempre adonde brilla la luz, giran en torno de ella sin penetrar nada y fatigan el alma como los moscardones fatigan el oído zumbando en los cristales. Enriqueta callaba. Para apagar aquella conversación que el ardor de la juventud podía inflamar, respondí nada más que con monoslabos afirmativos, evitando así discusiones inútiles; pero el señor de Mortsauf tenía demasiada inteligencia para no comprender lo que había de injurioso en mi cortesía. En el momento en que, cansado de tener siempre razón, se frunció sus cejas y se pronunciaron las arrugas de su frente, brillaron sus ojos amarillos, se coloreó más y más su nariz encendida, como el día en que por primera vez fuí testigo de sus accesos de demencia, Enriqueta me miró con expresión suplicante, para hacerme comprender que no podía desplegar en mi favor la autoridad de que hacía uso con frecuencia para justificar ó defender á sus hijos. Respondí entonces al conde tomando en serio sus objecio-

nes y manejando con toda la destreza de que fué capaz su sombría inteligencia.

—¡Pobre amigo mío! ¡pobre amigo mío!—murmuraba Enriqueta repitiendo estas palabras, que llegaban á mi oído como el murmullo de la brisa.

Luego, cuando creyó que podía intervenir con éxito, dijo:

—¿Saben ustedes, señores, que están excesivamente fastidiosos?

Reducido por aquella interrogación á la caballerescas y galante obediencia debida á las mujeres, el conde cesó de hablar de política; procuramos á nuestra vez fastidiarle diciéndole pequeneces, y nos dejó en libertad de pasearnos, pretendiendo que la cabeza se le iba, y volviendo así continuamente al mismo tema.

Mis tristes conjeturas eran ciertas. Los bellos paisajes, la atmósfera templada, el cielo puro y la embriagadora poesía de aquel valle, que durante quince años habían calmado los extraños caprichos de aquel enfermo, empezaban ya á ser impotentes. En esa época de la vida en que, por regla general, en los demás hombres desaparecen las asperezas y se desgastan, el carácter del viejo caballero había llegado á ser, por el contrario, más agresivo que antes. Desde algunos meses á aquella fecha contradecía por contradecir, sin razón alguna, sin justificar sus opiniones; preguntaba el por qué de todo, se inquietaba de un retraso ó de una omisión, se mezclaba con todo intento en las interioridades de todos los asuntos, se hacía dar cuenta hasta de las más pequeñas minuciosidades del gobierno de la casa, y fatigaba así á su mujer y á los criados, no dejando nada

á su libre arbitrio. Antes no se irritaba jamás sin un motivo especial; ahora su irritación era constante. Acaso los cuidados de su fortuna, las especulaciones de la agricultura, una vida de movimiento habían hasta entonces distraído su carácter atrabiliario, dando paso á sus inquietudes y empleo á la actividad de su espíritu, y acaso entonces la falta de ocupaciones dió después entera libertad á su dolencia, que, no ejerciéndose ya al exterior, por decirlo así, se manifestó por ideas fijas, y el *yo* moral dominó por completo al *yo* físico. Se había constituido en su propio médico, consultaba libros de medicina, creía padecer las enfermedades cuyas descripciones leía, y tomaba por su salud precauciones inauditas, variables, imposibles de prever, y por consiguiente, imposibles de satisfacer. Unas veces no quería oír ruido, y cuando la condesa establecía en torno suyo un silencio absoluto, de pronto se quejaba de hallarse como en una tumba, y decía que había un término medio entre el ruido de las ciudades y el silencio de los cartujos. Otras veces demostraba á todo una completa indiferencia; entonces la casa entera respiraba, los niños podían jugar, los trabajos domésticos se hacían sin provocar ninguna crítica; pero de repente, en medio del ruido, empezaba á quejarse, gritando que le querían matar, y decía á su esposa, agravando la injusticia de sus palabras con el acento frío y agresivo de que las acompañaba:

—Querida, si se tratase de tus hijos, sabrías adivinar perfectamente lo que les acomodaba.

Desnudábase y vestíase á cada momento, estudiando las más ligeras variaciones de la atmósfera, y no hacía nada sin consultar el barómetro. Á pesar de las mater-

nales atenciones de su mujer, no encontraba ningún alimento á su gusto, pues pretendía tener el estómago completamente perdido, añadiendo que lo doloroso de las digestiones le causaba insomnios continuos, siendo así que comía, bebía, digería y dormía con una regularidad tan perfecta, que habría causado admiración al médico más sabio. Sus inconstantes caprichos cansaban á los criados de la casa, que, rutinarios como son por regla general todos los domésticos, eran incapaces de conformarse á las exigencias y necesidades de sistemas constantemente cambiados. Á veces mandaba tener las ventanas abiertas bajo pretexto de que el aire libre era absolutamente necesario para su salud, y algunos días después la temperatura, demasiado fría ó demasiado templada, se le hacía intolerable; entonces se irritaba, provocaba una disputa, y para tener razón no reparaba en negar la consigna anterior. Esta falta de memoria ó sobra de mala fe le daba grandes ventajas en todas las discusiones en que su mujer trataba de oponerle sus mismas palabras. La permanencia en Clochegourde se había hecho para todos tan insoportable, que el abate Dominis, hombre profundamente instruído, había tomado el partido de fingir que buscaba la resolución de algunos problemas, refugiándose en una distracción afectada. La condesa no tenía ya, como en otro tiempo, la esperanza de poder encerrar en el círculo de la familia aquellos accesos de cólera demente: los criados de la casa habían sido testigos de escenas en que la exaltación inmotivada de aquel viejo prematuro había traspasado los límites; pero eran tan adictos á la condesa, que nada había traspasado fuera; sin embargo, ella

gemía á cada momento un estallido público de aquel tremendo delirio, que los respetos humanos no eran ya capaces de contener. Pasado algún tiempo, llegaron á mi noticia detalles verdaderamente espantosos de la conducta que el conde observaba con su mujer; en vez de consolarla la inquilaba bajo el peso de siniestras predicciones y la hacía responsable de futuras desgracias, sólo porque se negaba á dar á sus hijos las incantantes medicaciones á que quería someterlos. Si la condesa se paseaba con Santiago y Magdalena, el conde no dejaba de anunciar una tempestad á pesar de la pureza del cielo; y si por casualidad los acontecimientos justificaban el pronóstico, la satisfacción de su amor propio le hacía insensible al mal de sus hijos. Si uno de éstos se sentía indispueto, empleaba toda su inteligencia en buscar la causa de este sufrimiento en el sistema de cuidados adoptados por su mujer, del cual criticaba hasta los detalles más insignificantes, concluyendo siempre con estas palabras asesinas:

—Si tus hijos caen malos, tú lo habrás querido.

Del mismo modo obraba también en los pormenores de la administración doméstica, no viendo las cosas sino por el lado peor y haciéndose á todo intento el *abogado del diablo*, según una expresión de su viejo cochero. La condesa había señalado para Santiago y Magdalena horas de comer distintas de las suyas, y de este modo los había sustraído á la terrible acción de la enfermedad del conde, atrayendo sobre sí todas las tormentas. Los dos niños veían, pues, rara vez á su padre. Por una de esas alucinaciones particulares á los egoístas, el conde no tenía la menor conciencia de que era

autor; en la conversación confidencial que habíamos tenido, se había quejado, sobre todo, de ser demasiado bueno para los suyos. Todo lo dañaba, todo lo rompía en torno suyo, como hubiera hecho un mono; luego, tras haber herido á su víctima, negaba terminantemente haberla tocado. Comprendí entonces de dónde provenían las líneas impresas, como por un buril, en la frente de la condesa, y que había advertido al fijar en ella mi primera mirada. Hay en las almas nobles un pudor que les impide expresar sus sufrimientos, cuya extensión ocultan orgullosamente á los que aman, por un sentimiento voluptuoso de caridad. Así, pues, á pesar de mis instancias, no me era posible arrancar por completo esta confidencia á Enriqueta; temía, sin duda, causarme un pesar, y sus confesiones eran generalmente interrumpidas por súbitos rubores; pero muy pronto adiviné toda la agravación que el desabrimiento del conde había dado á los pesares domésticos en Clochegourde.

—Enriqueta—le dije algunos días después, probándole que había medido la profundidad de sus nuevas miserias,—¿no ha hecho usted mal en arreglar tan bien sus haciendas que el conde no tenga ya en qué ocuparse?

—Querido—respondió sonriendo,—mi situación es bastante crítica para merecer toda mi atención; crea usted que he estudiado bien todos los recursos, y todos están agotados. En efecto, las rarezas del señor de Mortsauf han ido creciendo, y como no estamos siempre el uno en presencia del otro, no puedo debilitarlas dividiéndolas en muchos puntos, porque todos serían igualmente dolorosos para mí. He tratado, hace algún tiempo,

de proporcionar alguna distracción á mi marido, aconsejándole que estableciese una cámara de gusanos de seda en Clochegourde, donde aún existen varias moreras, vestigios de la antigua industria de Turená; pero he tenido que recordar que sería tan déspota y tirano como en casa, y que tendría yo además, sobre los que tengo, los mil cuidados de esta empresa. Aprenda usted, señor observador—me dijo,—que durante la juventud las malas cualidades del hombre están contenidas por la sociedad, detenidas en su vuelo por el juego de las pasiones y dominadas por el respeto humano; pero que más tarde, en la soledad y en un hombre de edad, esos pequeños defectos se muestran tanto más terribles cuanto más largo tiempo han estado comprimidos. Las debilidades humanas son esencialmente cobardes y no admiten paz ni tregua; lo que se les concedió ayer lo exigen hoy, y lo exigirán mañana y siempre, porque se afirman principalmente en las concesiones y las extienden. La fuerza es clemente y se rinde á la evidencia, es justa y pacífica, en tanto que las pasiones engendradas por la debilidad son implacables: son felices cuando pueden obrar á la manera de los niños, que prefieren las frutas robadas en secreto á las que pueden comer en la mesa. Así, el señor de Mortsauf experimenta una verdadera alegría cuando logra sorprenderme, y él, que no engañaría á nadie, me engaña con delicia, siempre que su astucia quede en su fuero interno.

Un mes próximamente después de mi llegada, una mañana, al concluir de almorzar, la condesa me cogió por un brazo, abrió una puerta que daba al jardín, y me llevó hacia las viñas.

—¡Oh! ¡me matará!—dijo,—y, sin embargo, quiero vivir, aunque no sea más que por mis hijos. ¡Dios mío! ¡Ni un día de descanso! ¡marchar siempre sobre abrojos, verse expuesta á caer á cada momento, y á cada momento reunir sus fuerzas para conservar el equilibrio! No hay criatura que pueda sufrir tales gastos de energía. Si conociera bien el terreno á que debo llevar mis esfuerzos, si mi resistencia estuviera determinada, mi alma se doblegaría á todo; pero no, cada día, por el contrario, sus ataques cambian de carácter y me sorprenden sin defensa; mi dolor no es uno, es múltiple. ¡Félix! ¡Félix! imposible es que imagine usted qué odiosa forma ha tomado su tiranía, y qué salvajes exigencias le han sufrido sus libros de medicina. ¡Ay, amigo mío!...

Y apoyó su cabeza sobre mis hombros sin acabar su confidencia.

—¿Qué hacer? ¿Á qué recurrir?—repuso después de un momento revolviéndose contra los pensamientos que no había expresado.—¿Cómo resistir?... Me matará... No, me mataré yo misma... ¡Y, sin embargo, es un crimen!... ¡Huir! ¿Y mis hijos? ¡Separarnos!... Pero ¿cómo, después de quince años de matrimonio, decir á mi padre que no puedo vivir con el señor de Mortsauf, cuando si mi padre ó mi madre vinieran, se mostraría discreto, cortés, espiritual? Por otra parte, ¿tienen padres las mujeres casadas? ¿tienen madres? No; pertenecen en cuerpo y bienes á sus maridos. Mi casta soledad, lo confieso, me daba algunas fuerzas, y vivía tranquila, ya que no podía ser feliz; pero si quedo privada de esta felicidad negativa, me volveré también loca. Mi resistencia se funda en razones poderosas que no me son personales.

¿No es un crimen dar el ser á pobres criaturas condenadas de antemano á perpetuos dolores? Sin embargo, mi conducta da lugar á cuestiones tan graves, que no puedo decidir sola, porque soy juez y parte. Mañana iré á Tours á consultar al abate Birotteau, mi nuevo director espiritual pues el virtuoso abate de la Berge ha muerto. Aunque era severo, siempre echaré de menos su fuerza apostólica; su sucesor es un ángel de dulzura que se enternece, en lugar de reprender... Y, sin embargo, ¿qué valor no se adquiere en el seno de la religión? ¿qué razón no se afirma á la voz del Espíritu Santo?

Y alzando sus ojos al cielo y secando sus lágrimas, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Por qué culpa me castigáis? Es preciso creerlo; sí, creámoslo, Félix; debemos pasar por pruebas terribles antes de llegar perfectos y purificados á las esferas superiores. ¿Debo callar? ¿Me prohibís, Dios mío, desahogar mis penas en el seno de un amigo? ¿Le amo, acaso, demasiado?

Y me estrechó contra su corazón como si temiese perderme, exclamando:

—¿Quién resolverá mis dudas? Mi conciencia nada me reprocha. Las estrellas irradian desde lo alto su luz sobre los hombres; ¿por qué el alma, esa estrella del ser humano, no ha de envolver en sus fuegos á un amigo, cuando no se tienen para él más que pensamientos puros?

Yo escuchaba en silencio aquel terrible clamor, con la mano trémula de aquella mujer en la mía más trémula aún, y estrechándola con una fuerza á la que Enriqueta respondía con una fuerza igual.

—¿Estáis por ahí?—exclamó el conde, que se dirigía hacia nosotros con la cabeza descubierta.

Desde mi vuelta tenía cierta obstinación en mezclarse en nuestras conversaciones, sea porque esperase de ellas alguna distracción, ya porque creyera que la condesa me refería sus dolores y se desahogaba en mi seno, ó bien porque estuviera también celoso de un placer de que no participaba.

—¡Cómo me sigue!—exclamó ella con un acento desesperado.—Vamos á ver las viñas, y así lo evitaremos. Marchemos agachados á lo largo del seto para que no nos vea.

Penetramos en una espesa alameda, ganamos, corriendo, las viñas, y pronto nos encontramos lejos del conde, en un bosquecillo de almendros.

—Querida Enriqueta—dije entonces estrechando su brazo sobre mi corazón, y deteniéndome para contemplarla en su dolor,—usted es la que con tanta sabiduría me ha conducido por las vías peligrosas é intrincadas del gran mundo; permítame ahora darle algunas instrucciones para ayudarle á concluir este duelo sin testigos, en el que sucumbiría usted infaliblemente, pues se bate con armas sobradamente desiguales. No luche más tiempo contra un loco...

—¡Calle usted!—exclamó reprimiendo las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Escúcheme usted, querida mía. Tras una hora de esas conversaciones que por amor hacia usted me veo obligado á sufrir, me sucede con frecuencia que mi pensamiento queda pervertido y que mi cabeza se pone pesada: el conde me hace dudar de mi inteligencia, y las

mismas ideas, repetidas, se graban á pesar mío en mi cerebro. Las monomanías bien caracterizadas no son en modo alguno contagiosas; pero cuando la demencia reside principalmente en la manera de ver los asuntos y se oculta astutamente bajo discusiones constantes, entonces pueden causar verdaderos estragos en los que están en contacto con ellas. Su paciencia es sublime; pero ¿no la llevará al embrutecimiento? Así pues, por usted, por sus hijos, cambie de sistema con el conde. Su adorable complacencia ha desarrollado su egoísmo: le ha tratado usted como una madre á un niño mimado; pero hoy, si anhela usted vivir—dije mirándola—y le quiere, debe hacer uso del imperio que tiene sobre él. Demasiado sabe usted que la ama y la teme; hágase temer aún más; oponga á su difusa voluntad una voluntad recta y clara. Extienda su poder como ha sabido él extender el suyo, apoyándole en las concesiones que usted le ha hecho, y encierre su enfermedad en una esfera moral, como se encierra á los locos en una celda.

—Amigo mío—respondió Enriqueta sonriendo con amargura,—sólo una mujer sin corazón puede resolverse á representar ese papel. Soy madre, y seré, por consiguiente, mal verdugo. Sé sufrir; pero ¿hacer sufrir á los demás! no, de ningún modo; ni aún para alcanzar un resultado honroso ó grande. Por otra parte, tendría que hacer mentir á mi corazón, disfrazar mi voz, armar de nuevo mi frente, corromper mi expresión... ¿no me pida usted tales mentiras! Si no puedo colocarme entre el señor de Mortsau y mis hijos, recibiré sus golpes para que no alcancen aquí á nadie; pero eso es todo lo que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. LI
 CAPIELLA ALFONSO
 11

puedo hacer para conciliar tantos intereses contrarios.

—¡Déjame adorarte, santa, tres veces santa y noble mujer!—dije poniendo una rodilla en tierra, besando la orla de su falda y enjugando las lágrimas que brotaron de mis ojos;—pero ¿y si la mata á usted?

Enriqueta palideció, y respondió alzando los ojos al cielo:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

—¿Sabe usted lo que decía el rey á su padre hablando de usted? «Y bien ¿quiere vivir siempre ese diablo de Mortsauß?»

—Lo que era una broma en la boca del rey—repuso con severidad,—sería un crimen en la nuestra.

Á pesar de nuestras precauciones, el conde nos había seguido la pista y nos alcanzó, bañada su frente en sudor, bajo un nogal donde la condesa se había detenido para decirme sus últimas y gravísimas palabras. Al verle, me puse á hablar de la vendimia. ¿Concibió injustas sospechas? No lo sé; pero permaneció examinándonos sin decir esta boca es mía y sin cuidarse de la humedad que destilaban los nogales. Después de algunos momentos empleados en algunas palabras insignificantes, entrecortadas por pausas muy significativas, el conde dijo que sentía dolores en el corazón y en la cabeza; se quejó con dulzura, sin pintarnos sus dolores con imágenes exageradas. No le concedimos ninguna atención. Al entrar en casa se sintió peor; dijo que iba á acostarse, y lo hizo sin ceremonia, con una naturalidad que era en él extraordinaria. Nos aprovechamos de aquella tregua que nos concedía su carácter hipocondriaco, y bajamos á la terraza acompañados de Magdalena

—Vamos á pasearnos por el río—dijo la condesa después que dimos algunas vueltas;—el guarda está pesando y podremos ver qué resultado alcanza.

Salimos por la puerta pequeña, llegamos á la barca, saltamos en ella y empezamos á subir lentamente por el Indre. Como los niños que con todo se divierten, mirábamos las hierbas de las orillas, las moscas verdes y azules; la condesa se sorprendía de poder gozar tan tranquilos placeres en medio de sus punzantes dolores. Pero la calma de la naturaleza, que nuestras luchas no pueden turbar ¿no ejerce sobre nosotros un encanto consolador? La agitación de un amor lleno de deseos contenidos se armoniza con la del agua, las flores que la mano del hombre no ha marchitado expresan sus sueños más secretos, y el voluptuoso balanceo de una barca imita vagamente los pensamientos que flotan en el alma. Aquella doble poesía nos hacía sentir su conmovedora influencia. Las palabras, elevadas á la armonía de la naturaleza, desplegaron una gracia misteriosa, las miradas tuvieron rayos más brillantes, participando de la luz tan pródigamente derramada por el sol en la naturaleza; el río era como un sendero sobre el cual volábamos, y, finalmente, no estando distraído por el movimiento que exige la marcha á pie, nuestro espíritu se apoderaba de la creación. La alegría tumultuosa de una vida en libertad, tan graciosa en sus movimientos, tan seductora en sus palabras ¿no era también la expresión viviente de dos almas libres que se complacían en formar idealmente esa maravillosa criatura soñada por Platón y conocida de todos aquellos cuya juventud es un río llena de un amor feliz? Para pintarte aquella hora,

no en sus detalles indescritibles, sino en su conjunto, te diré que nos amábamos en todos los seres, en todas las cosas que nos rodeaban, que sentíamos fuera de nosotros la felicidad que cada uno ansiaba, y que esta felicidad penetraba en nosotros tan vivamente, que la condesa se quitó los guantes y sumergió sus bellas manos en el agua como para calmar un secreto ardor. Sus ojos hablaban, pero su boca, que se abría como el capullo de una rosa, se hubiera cerrado á un deseo. Ya conoces la armonía de los sonidos graves perfectamente unidos á los sonidos agudos; pues esa armonía me ha recordado siempre la de nuestras almas en aquel momento, que jamás volví á encontrar.

—¿Dónde están pescando?—le pregunté—porque sus criados no tienen derecho á pescar sino en las orillas que le pertenecen.

—Cerca del puente de Ruán—me contestó;—ahora el río nos pertenece desde el puente de Ruán hasta Clochegourde. El señor de Mortsauf acaba de comprar cuarenta aranzadas de pradera con las economías de los dos últimos años y los atrasos de su pensión. ¿Le sorprende á usted esto?

—¡Oh! ¡yo quisiera que todo el valle fuese de usted!—exclamé.

Enriqueta me contestó con una sonrisa.

Llegamos cerca del puente de Ruán á un lugar donde el río se ensanchaba y algunos hombres estaban pescando.

—¿Qué tal, Martineau?—preguntó ella.

—¡Ay, señora condesa! ¡Fracaso completo! Tres horas hace que estamos recorriendo desde el molino hasta aquí, y nada hemos cogido.

Abordamos, á fin de asistir al último golpe de red, nos colocamos los tres á la sombra de un *bouillard*, especie de álamo de corteza blanca que se encuentra en las orillas del Danubio, del Loira y probablemente en todos los grandes ríos, y que por la primavera echa una especie de algodón blanco y sedoso, que es la envoltura de la flor. La condesa había recobrado su agustada serenidad y casi se arrepentía de haberme confiado sus dolores y de haberse quejado como Job, en vez de llorar como la Magdalena, una Magdalena sin amores, sin penas y sin disipaciones, pero no sin perfumes y bellezas. La red cogida en su presencia vino cargada de peces, truchas, anguilas, barbos y de una enorme carpa, que saltaban sobre la hierba.

—¡Parece que lo han hecho á propósito!—dijo el guarda. Los criados abrían desmesuradamente los ojos, admirando á aquella mujer, que se parecía á una hada que con su vara mágica hubiera tocado las redes. En aquel momento apareció el picador, atravesando á todo galope la pradera, y su aparición produjo á Enriqueta un terrible estremecimiento. Santiago no estaba con nosotros, y el primer pensamiento de las madres, como tan poéticamente ha dicho Virgilio, es estrechar á sus hijos contra su seno al menor acontecimiento.

—¡Santiago!—exclamó la condesa—¿dónde está Santiago? ¿qué le ha sucedido á mi hijo?

—¡Ay! ¡No me amaba! Si me hubiese amado, habría nacido para mis sufrimientos aquella expresión de leona desesperada.

—Señora condesa—respondió el anciano,—el señor donde está peor.